

IV

De cómo se mata el tiempo en un barrio aristocrático de la América Central

El barrio Cothnejo-Fishy es un barrio alegre y confiado. Ninguno de sus habitantes parece tomar en cuenta la vida que se agita más allá de la frontera imaginaria que lo separa del resto del país. Más interés tienen para estas gentes las nimiedades que ocurren en los barrios aristocráticos de otras latitudes, que las tragedias y dramas que pasan a pocos pasos de ellas.

Si no hubiera allí tanta cursilería y esnobismo, ese barrio se habría podido comparar con la quinta en donde se narraron los cuentos del Decamerón; mientras a dos millas la peste recorría la ciudad de Florencia sin respetar niños ni viejos, sabios ni ignorantes, los cerdos hacían banquetes con los cadáveres que encontraban en la calles y al sacar el hocico de la macabra pitanza, caían muertos a su vez. Pero creemos que habría sido imposible hallar por aquellos dominios una ingeniosa Pampinea o un caballero espiritual como los tres del prólogo de los cuentos de Bocaccio.

En fin, cada uno hace lo que puede, y los vecinos de nuestro barrio matan el tiempo a su modo, como a su modo lo mataron las siete damas y los tres caballeros florentinos. Si aquí no hay después del sueño, las comidas y la siesta, cuentos picarescos narrados sobre un tapiz de hierba florida, hay en cambio té servidos con todas las reglas del buen tono, asaltos, saraos, bailes corrientes, bailes de fantasía, partidas de *bridge*, pilas de natación, campos de tenis y de básquet, té de costurá además de la misa que se oye en el templo los domingos y a la que se va rodando en automóvil. Fuera de los dominios del barrio, bien pueden la enfermedad y la miseria

acabar con el prójimo. En primer lugar, todos somos de la muerte y en segundo, Dios es el que permite que haya ricos y pobres. ¿Cómo oponerse a los designios de la providencia, sobre todo cuando esta lo ha colocado a uno entre los primeros y no entre los segundos?

Un té

El mismo día, esto es los martes, en que la santa doña Lolita da una candela, un bollo de pan y a veces un cinco a cada uno de los mendigos que llaman a las puertas de su caridad, la señora de la familia de los dinosaurios, ofrece un té a sus amistades.

Como los códigos del buen tono aseguran que no hay nada que revele más la distinción y exquisito gusto de una ama de casa, que un té servido, esta señora se esmera siempre en pasar por una dama distinguida ante los ojos de sus huéspedes. En cambio, no le importa un comino la opinión que sus criados puedan tener de ella, y la verdad es que estos no la tienen por dama distinguida. Lo curioso es que cuando ella ha creído quedar mejor con sus convidados, hay señoras de esas que están al corriente de cuanta innovación se introduzca en las distracciones de las millonarias yanquis o de las estrellas de Hollywood, que salen murmurando porque puso tapetitos de encaje cuando ahora se usan bordados o viceversa.

Y esta señora que no se preocupa de si la cocinera y la de adentro y el muchacho de mandados les atrasa el sueldo hasta dos meses, que les rebaja el escaso sueldo cuando quiebran alguna pieza de vajilla y que los trata como si fuera un águila y ellos unos míseros gusanillos, es la misma que sigue al pie de la letra los consejos que ha leído en las revistas acerca de las reglas que se deben tener en cuenta para todo lo que se refiere a tomar el té como una persona de buen gusto; también procura imitar a Fulanita y a Zutanita que han estado en París tomando el té con la condesa y la marquesa cual. Y así, la mantelería de lino es bordada y calada a mano con todo primor; la porcelana auténtica del Japón, ella misma la compró en una tienda de japoneses en Panamá; el servicio es de

plata; los platoncitos y canastitas para dulces, de cristal tallado y los floreros y jardineras, verdaderas joyas de cristal y plata. Sabe que la tetera debe colocarse a la derecha de la persona que sirve el té y las tazas y platos a la izquierda, y que las asas deben quedar vueltas hacia la persona que sirve, etc., etc. ¡Si la pudiera ver su madre que de Dios goce, cuán contenta se pondría! Cabalmente esas cosas eran las que la difunta deseaba para su hija.

Ahora la señora ha dispuesto que el té se tome en el vasto *hall* y cuando el carrito con el servicio hace su entrada en la gran pieza llena de invitados, se podría quedar bien con ella, diciéndole que aquello recuerda las entradas triunfales de los emperadores en Roma. En tal momento el servilismo distinguido de esta mujer anhela echar mil manos para quedar bien con cada uno de sus distinguidos convidados. En la parte superior del carrito, el servicio de té y en la parte inferior las bandejas con los queques. Sobre el tapete, violetas o pétalos de rosa con artístico descuido. Y por doquier, sándwiches, frutas azucaradas, rosas en las jardineras colocadas de un modo que la señora y las hijas han juzgado lleno de arte, ramitas de espárrago, quequitos y palabras y gestos rebosantes de almibarada cortesía. La radio deja oír los valeses o *foxes* a la moda de cualquier estación transmisora y entre la música, el murmullo de la animada conversación.

Con frecuencia se formaban bandos entre los invitados: hoy es el bando de las personas que han viajado a Europa y el de los que no han viajado a Europa; otro día el de los que han ido a Europa y el de los que han ido a los Estados Unidos; este martes hay un grupo de los que han sufrido una operación quirúrgica y el de los que han sido operados en Rochester por los hermanos Mayo y aquel de los que han sido operados en Panamá por el Dr. Herrick. ¿A qué decir que en las controversias que se arman, las personas que apenas han sido operadas en una de nuestras humildes Clínicas, no se atreven a abrir la boca y se sienten humilladas?

Estas conversaciones sobre operaciones quirúrgicas son muy curiosas. Por ejemplo, el matrimonio Martínez-Fernández divide

su vida en dos eras: antes de haber ido a Rochester (como quien dice Antes de Jesucristo y Después de Jesucristo); y siempre uno u otro halla la manera de traer a colación el viaje a Rochester. Las señoras sienten un especial deleite en hablar del tamaño de la propia herida y del tiempo que duró la operación.

Una describe su herida del tamaño de un jeme y su operación que duró dos horas y media; el Dr. Herrick se llevó un susto atroz porque creyó que se les había ido a la otra vida. Las operadas en Rochester hablan siempre de heridas del tamaño de un botón corriente por la cual estos hermanos Mayo que son como magos, han sacado hígado, bazo, riñones e intestinos, les han raspado las adherencias y han vuelto a meter las entrañas por el mismo agujerito, y luego una cicatriz invisible, unas puntaditas chiquititas. No es como esos chambones de aquí que creen que están cosiendo yute. Una matrona muy ignorante pero muy respetable y que además ha ido a Rochester, refiere que los hermanos Mayo le sacaron el cerebro a su hijo Felipe, es decir, lo vaciaron en un vaso como quien vacía un huevo, luego lo lavaron con unos ácidos y se lo volvieron a acomodar y ahí está Felipe frente a los negocios.

Cuando se trata de viajes, el Dr. González Cothnejo y su esposa Soledad, son los reyes de la conversación. Nadie ha hecho lo que ellos: darle la vuelta al mundo y visitar la India y el Japón. Lo que no cuentan es de dónde cogieron el dinero para hacer este viaje. Pues no se trata de nada deshonroso, de ningún robo: el Dr. González Cothnejo vendió el café de sus beneficios ganándose el ciento por ciento, mientras pagaba a sus peones salarios de hambre. Y marido y mujer se dieron cuatro gustos: la travesía la hicieron en un magnífico barco, en pasaje de primera de primera. Cuando Soledad, que es mujer de mucho hablar, coge la palabra sobre este tema, no la suelta así no más, y siempre se refiere a las mismas cosas: que su marido cazó tigres en la India con un *rajah* y las *geishas* por aquí y las pagodas por allá.

Después, cuando ya cada mochuelo está en su olivo, todas estas gentes se comen unas a otras: los invitados censuran ciertas

contravenciones de los huéspedes en lo tocante a las reglas que hay para servir el té como lo sirven las personas de educación esmerada: la familia que ha ofrecido el té habla de la voracidad de ciertas señoras que creyeron que todos los sándwiches, quequitos, frutas azucaradas, etc., eran para ellas nada más. Entretanto los criados de esta familia de dinosaurios, sudan la gota gorda dejando todo limpio y en su lugar. Generalmente lo que les toca son las boronas que han quedado en las bandejas y en los platoncitos y canastitas de cristal tallado. Y ¡ay de aquel que quiebre una pieza! Y mañana bien temprano a que la lavandera lave la mantelería de lino bordada y calada a mano con todo primor. Si la señora no le paga el trabajo con puntualidad, la mujer esperará. Estas damas del aristocrático barrio tienen tantas cosas importantes en qué ocuparse, que no es posible atender también las exigencias del servicio.

Mañana también en esta casa en donde se dio el té del cual hablarán los periódicos de la ciudad en su sección del MUNDO SOCIAL o NOTAS DEL GRAN MUNDO, entrará el basurero por la puerta por donde entran y salen la cocinera, la lavandera, la de adentro y toda la gente que la familia de los dinosaurios considera que no es “decente”, y el hombre se llevará en su carro las basuras y suciedades que quedan en una casa aristocrática después de una fiesta a la que han concurrido solamente personas distinguidas.

1923